

# REVISTA MODERNA

## ARTE Y CIENCIA.

EDIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



DE MIGUEL ANGEL. FLORENCIA.

## LA CASA DEL PUEBLO.

Las Exposiciones, dice en reciente artículo Gabriel d'Hanotaux, tienen su origen en las ferias y en las peregrinaciones religiosas, que comenzaron á fusionar los objetos en el comercio, los sentimientos en la religión y por ende en el arte, y las ideas en la ciencia. Desde hace mucho tiempo, París es el centro elegido de los grandes certámenes cosmopolitas que se han verificado á intervalos regulares, durante el transcurso de la civilización contemporánea. La divina ciudad ha convidado siempre, por su arte, á la feria, y por su arte y su leyenda, á la peregrinación. Todos hemos soñado en formar parte de la gran caravana; algunos hemos realizado el sueño, llegando á poner la planta en la montaña de Santa Genoveva, bajo la bóveda augusta del Panteón. Allí, en el Panteón, contemplando los suavísimos frescos en que Puvis de Chavannes, con un pincel casi florentino, relata la vida tenue de la patrona electa, comprendí por primera vez toda la fascinación artística de la Historia; allí comprendí que es enorme, incalculable, la cantidad de vida que hay en la muerte; allí comprendí que el recuerdo tiene potencia de huracán en las revoluciones gloriosas; allí comprendí porqué los Homéridas, lo mismo Michelet que Hugo, no omiten un sólo nombre en las largas genealogías de los héroes—que avanzan, como escuadrones trágicos, al compás de las sonoras estrofas. Hube de sentir esta misma impresión, pero de una manera absoluta, subyugante, en Italia, donde parece que el Tiempo encanecido de siglos, harto de ser inmortal y queriendo sepultarse dentro de su divina obra, desbarajustó con sus enormes manos, en un momento de enorme cólera, su enorme palacio, dejando regada desde los titánicos picachos de los Alpes hasta los pies ardientes del Vesubio, la más grande de las exposiciones humanas.

\*  
\* \*

Salgamos de la Plaza de la Concordia, demos la espalda á la Puerta Monumental que sostiene en su domo polícromo una enorme estatua de mujer con abrigo de invierno, tipo acabado de hetaira de *Moulin Rouge* ó de *Chez Maxim*, y vamos hasta las alturas de Montmartre, hasta donde brilla, encendida por la robusta luz de estío, la gigantesca cúpula bizantina de la Basílica. Vamos en busca de un teatro, llamémosle así, la *Casa del Pueblo*, donde va á pasar algo extraordinario, único, inolvidable.

Trepando las empinadas escaleras que suben hasta el Sagrado Corazón, bajando las rapidísimas que descienden por la otra vertiente de la colina, internándonos en la maraña de calles tortuosas que serpentean á los flancos de la *Butte*, recorriendo todo ese laberinto que alberga tanta miseria, tanto trabajo, tanto genio, tanta protesta, admirablemente

descrito por Zola en su *París*, encontrando á cada paso obreros de blusas raídas y de brazos lacios, prostitutas de andrajos vistosos y de ojos insomnes, frailes furtivos que embarran sus sombras típicas en las paredes quemadas de sol, tropezando aquí con escombros hacinados, hundiéndonos allá en lodo caliente y fétido, recogiendo de gendarmes, mujeres y chicos largas y contradictorias informaciones, caemos por fin en un callejón sin salida—*impasse*—tuerto, jorobado y cojo como los nuestros, donde sienta sus reales la *Casa del Pueblo*, jacalón de mal adheridos tablones, porosos de polilla, pintados de sucio por el polvo y la lluvia. A uno y otro lado de la puerta de entrada, dos anuncios formados á retazos, con tiras de papel de distintos colores, unas impresas y otras manuscritas, relataban el programa de la Velada.

\*  
\* \*

¿Era posible? ¿Cantaría allí Carrère-Xanrof, la bella artista de la Opera, la de grande cuerpo ágil, la de boca parnasiana, la de voz florestal? . . . ¿Era posible? Octave Mirbeau, el poeta exuberante, representaría allí, actor por primera vez, un acto suyo, la famosa «Epidemia» que en no lejana época hizo vibrar de entusiasmo la Sala del Teatro Antoine? . . . Algo más se anunciaba: un «Preludio» del tierno compositor Lucien de Flagny, ejecutado por él mismo, poesías de Hugo, de Lamartine, de Beaudelaire, dichas por artistas de nombre, y en el intermedio, una conferencia de Laurent Tailhade, el poeta de la célebre frase: «¡quel beau geste!» cuando una mano impía lanzó la bomba en el café «Terminus», el que hace de sus versos manojos de látigos para fustigar á la burguesía,—y por qué no decirlo? el de alma buena, alta, grande, llena de gritos líricos de amor.

\*  
\* \*

La *Casa del Pueblo* es el origen del Teatro Cívico, que dió en ella su primera representación el 3 de Julio de 1897, poniendo en escena «La Révolte» de Villiers de L'Isle Adam, previa conferencia, y llenando el resto la recitación, la lectura y el canto. Entonces escribió en el *Journal* Catulle Mendès un lindo artículo que así termina: «Los inventores de este nuevo teatro errante, de esta augusta *roulotte* del evangelio intelectual, pueden contar con nuestra entera adhesión: tienen adquirido el fraternal esfuerzo de los poetas, todos los que quieren conquistar las almas al ideal.» Pues bien, los inventores de este teatro errante son jóvenes poetas, entre los que figura, destacándose, el impaciente y entusiasta Luis Lumet, que concibieron la idea de pasear por París, lo mismo en los barrios ricos que en los miserables, lo mismo en los centros intelectua-

les que en los incultos, el carro del arte, para llevar á todos lados el verso lleno de amor, el verbo de la concordia, el sentimiento de la fraternidad humana, convirtiendo la representación teatral en una «verdadera fiesta religiosa.» Desde luego, toda idea de negocio ha sido desechada: la *Casa del Pueblo* debe conservar su aspecto pobre, miserable, apostólico. Las invitaciones se reparten gratis. Bajo los maderos del techo, en ángulo agudo, como las primitivas ojivas, y á las luces humeantes del petróleo, resonarán como en ninguna otra parte, fogosos y rudos los yambos de Barbier, y las ideas en marcha de Emilio Zola pasarán bajo su mejor arco de triunfo, á metáfora desplegada. El sinfonista de «Il Fuoco» ha soñado en levantar, diré erguir, el teatro marmóreo de Apolo en las alturas del Gianicolo, á donde asciendan las generaciones latinas á recoger los presagios del Poeta de la boca elocuente de la Tragedia. Es bello; pero más me conmueve, más me fascina, la carreta de feria, la roulotte miserable y «augusta,» llevando por aquí y por allá, á los cuatro vientos, las prosas magníficas, los poemas divinos y las músicas perfectas de los genios gloriosos que reposan en el alma del pueblo.

La obra prospera empujada por cordiales simpatías. A las veces, es cierto, ha encontrado graves resistencias que vencer; no siempre ha habido paz en la carreta bohemia. Una noche, por ejemplo, el Teatro Civico se había instalado del otro lado de París, en la Sala de las *Mil Columnas*, y apenas abierto el programa, hizo irrupción, con toda su característica brutalidad, la policía, impidiendo la representación. (Se leían esa noche versos y prosas de Hugo, Richepin, Clemenceau, Mirbeau, Mendés)..... Pero, por fortuna, aquí el derecho tiene alma para ponerse frente á la arbitrariedad. La mano pesada del gendarme cedió..... Y el 2 de Junio de 99 tuvo lugar una velada gloriosa. Así escribieron los poetas de la Casa del Pueblo: «En las horas turbias en que la razón parecía ahogarse bajo las pasiones brutales, resolvimos hacer escuchar las grandes voces que del pasado gritan «justicia.» Cabezas luminosas se levantan en los más sombríos periodos de la historia..... Ofrecimos en el teatro Moncey un espectáculo que llevaba como título «Justicia,» y en tanto que las hordas ciegas clamaban muerte, en tanto que se insultaban en las calles á ciudadanos culpables de pensar, hemos sacudido sobre la multitud las antorchas de inmortal Belleza, de inmortal Verdad, que los héroes se pasan de siglos en siglos.»—Ay! el destino se consumó: el inocente fué condenado; el arte ganó un tipo esquiliano, la historia ganó un mártir, la humanidad aumentó de valor, pero... pero qué! es así la vida, cruel, pavorosa, tierna, divina!....

Este solo hecho, el haber puesto su palabra de amor, como coro propicio, en el gran drama, hace adorables á los bohemios de la *Casa del Pueblo*.

Después, he asistido á otras representaciones. Recuerdo dos de grande importancia. Una, «Contra la Guerra,» en el teatro de los Gobelinos, presidida por el director de la *Petite République*, donde Enrico Ferri, el pensador más alto de la Italia contemporánea, pronunció un discurso social de un vigor atlético, de un análisis implacable, de una sínte-

sis fascinadora. Otra en el teatro de la Porte St. Martin, donde hablaron Anatole France de la *unidad del arte* y Jean Jaurès de la *concepción socialista del arte*, aquel con su magia renana y éste con su fértil frase meridional.

\* \* \*

Vengamos á la última. Yo estaba en compañía de Rubén Darío, de Amado Nervo, de Manuel Ugarte..... La Casa del Pueblo rebosaba de repleta. Entre la concurrencia, en su mayor parte de estudiantes, literatos, periodistas y obreros, algunas mujeres elegantes y bellas, todos y todas con la eglantina roja del socialismo militante. Alguien creyó descubrir entre los grupos del fondo á Edmond Rostand. Oh! no, él no baja á las moradas del dolor y del anhelo; la sangre con que ha salpicado sus poesías es de carmín, no es sangre caliente humana; los personajes que pasea por la escena vestidos con la indumentaria extraída del guardarropa romántico, incluso Cyrano con todo y penacho, son manequies, no aman, no gritan, no lloran, no esperan como los hombres de carne y hueso; pero vive en las alturas del réclame confundiendo con la gloria, vuela, tiene alas, se cree águila y no es realmente sino un *Aiglon*, un aguilucho. En cambio, allí está Mirbeau, el que mejor ha mostrado la fusión esencial del amor y del dolor, del erotismo y del crimen, en ese poema de vida paroxística que se llama el *Jardín de los Suplicios*, evocación alucinante del gran «vicio bíblico, del espíritu de Lujuria,» de donde surge un tipo de Hembra tan animal, tan divino, tan bello, tan horrible, tan atractivo, tan repugnante, tan voluptuosamente cruel, tan satánicamente adorable, que parece extraído de las estampas erótico-trágicas en que Feliciano Rops, el «intenso,» ha grabado todos los pecados de la Carne que ama!

Esto pensaba contemplando la frente de Mirbeau, cuando apareció en el tablado la alta cantante de boca parnasiana. Era hermoso verla venir hacia los humildes, prestando su gracia, su voz, su arte, al objeto de la representación: «socorrer á un camarada perseguido,» á un miembro de esa secta evangélica que se llama la *Anarquía*, confundida por desgracia con el Crimen y la Violencia—ostentando entre sus diamantes la flor roja.—Todas las manos se tendieron á ella, todos los entusiasmos la aclamaron. Oímos luego poesías de Victor Hugo, de la lira tierna y de la lira heroica. Luego se presentó en escena una joven,—conservo el nombre—Suzanne Garruette, vestida de carmesí, fuerte, nerviosa, de ojos negros surcados de relámpagos, de boca sanguínea, de frente altiva bajo el casco amazónico de la cabellera, de ademanes imperiosos, de acentos graves, roncros, varoniles, dando á las estrofas que recitaba, estrofas de brega y de muerte, una sonoridad en que parecían equear los gritos de la revolución.—Una Virtud de las que pintó Pordenone—viragos coléricas, en el Palacio Ducal de Venecia.—¡Qué bella! exclamó Rubén Darío.

—Le hace falta una pica en la mano—dijo Manuel Ugarte.

—Le fabricaría un Vengador en las entrañas, dije yo.

He aquí á Laurent Tailhade. Musculoso, ancho de espaldas, ojos de sinceridad, boca de ironía, cabeza blanca y cara joven. Su discurso fué un asalto. Valiente, rudo, sin cuartel. Hizo de sus frases batallones entusiastas y los lanzó sobre la Bastilla, sobre la Burguesía. Aquello no era razonar, era fustigar. La cláusula no tenía argumentos, sino nudos duros y puntas aguzadas. Los epítetos de fuego parecían brotar de una fragua de odio.—Por momentos se levantaban del discurso, aleteando, los hexámetros de un oráculo:—La voz á veces venía de muy adelante, llamándonos al porvenir; y á ve-

ces, venía de muy atrás, empujándonos del pasado.

—Dentro del brillo de una imagen literaria vimos las frentes de los poetas libertadores, espaciosa como estadios de juegos olímpicos, ceñidas del ártico laurel de fuertes hojas; y dentro del vórtice de una maldición, vimos caer, rodar, tragados por el castigo, á los hijos de la Burguesía, el capitalista graso, el fraile depravado, el juez venal, la mundana podrida, el militar asesino, el académico estéril..... Luego, la ola inmensa de elocuencia, crestada de astros y de perlas, se cerró sobre la tumba del Pecado, y el mar sonrió de nuevo con sus infinitas sonrisas azules.

JESÚS URUETA.

París. Junio de 1900.



## MUSA JAPÓNICA

PARA LA BIEN AMADA.

I

Llegué al jardín; en las rosas  
Juntaban las mariposas  
Sus alitas temblorosas...

\* \*

Escuché el dulce murmullo  
De una torcaz: el arrullo  
De mi amor cerca del tuyo...

\* \*

Vi sangrar al blanco lirio  
Cuya palidez de cirio  
Manchó un trágico martirio.

\* \* \*

Así en mi sér que devora  
La Tristeza, á toda hora  
Tu recuerdo sangra y llora!

\* \* \*

Una garza cruza el cielo,  
Tiende sobre el sol un velo,  
Junto al lago posa el vuelo,

\* \* \*

Y en el lago retratada,  
Su alba imagen sobrenada  
Temblorosa y argentada!

\* \* \*

Así eternamente veo,  
Sobre el sol de mi deseo  
De tu amor el aleteo

\* \* \*

Que en mi alma tenebrosa,  
Una estela al fin reposa  
Argentada y luminosa!...

\* \* \*

Del lago entre las temblores,  
Cual reflejo de sus flores  
Van los peces de colores...

\* \* \*

¡Tú eres flor triunfante y pura  
Que en vano copiar procura  
Mi rima en su onda obscura!

II

Los pinos que en las colinas  
Lloraban las ambarinas  
Lágrimas de sus resinas;

\* \* \*

Las linternas sepulcrales  
De los príncipes feudales,  
Entre verdes saucedales

\* \* \*

Y la pagoda sombría  
Donde eternamente ardía  
El incienso noche y día...

\* \* \*

En aquel jardín sagrado,  
El símbolo han evocado  
Del amor con que te he amado!

\* \* \*

De mi amor ¡amor inmenso,  
Que se exhala si en tí pienso  
Como el perfumado incienso...

\* \* \*

Que en aras de tu hermosura  
Gastara la piedra dura  
Con ósculos de ternura!...

.....  
 .....  
 .....

## III

Ya del jardín alejado,  
 Vuelvo el rostro al sitio amado  
 Donde tanto en ti he pensado

\* \* \*

Y veo, junto á la laguna,  
 A los rayos de la luna,  
 Sobre la tiniebla bruna,

\* \* \*

Que un blanco pavo real  
 Abre su cola, triunfal  
 Abanico de cristal!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Jardines del Bluff, Yokohama, Otoño de 1900.

---

## ENTRADA DE CORTÉS A MEXICO. (1)

---

Los conquistadores estaban á las puertas de México; Motecuhzoma no había sabido evitarlo. Los habitantes del valle salían en inmensas muchedumbres por los caminos á considerar extasiados á los barbudos teules, de quienes tanto miedo mostraba su déspota señor, y de los cuales tantos prodigios contaba la fama, como de valientes é invencibles. Llamábales la atención el aspecto de los blancos, los vestidos, las armas, los tremendos rayos de su uso, los veloces y enigmáticos caballos, los terribles lebreles; todo ello era nuevo, nunca visto, sobrenatural, inclusive el diverso lenguaje, otras costumbres, el origen misterioso, la aparición de aquellos seres cual si hubieran sido arrojados por las ondas del ignoto océano. Los castellanos por su parte encontrábanlo también todo nuevo; las razas, los usos, la tierra, la vegetación, el cielo, el clima. Iban maravillados y no atreviéndose á dar crédito á sus propios sentidos, como si fuera un sueño agradable. Según sus recuerdos de los libros de caballería, se figuraban ser los paladines de los romances de Amadís de Gaula ó de Belianís, estar metidos en un país encantado, donde tenían que habérselas con malandrines y nigromantes, de quienes saldrían vencedores con ayuda de la voluntad de Dios y su cortadora espada. Verdad es que no pocos de aquellos terribles soldados habían sentido flaquear el corazón al verse metidos entre tantos pueblos; pero iban sostenidos por la inquebrantable fuerza de alma del general y proseguían adelante. La justicia nos hace preguntar con el cro-

nista conquistador: «¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?» (1) Al ponerse en presencia, se asombraban una de otra las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo.

Amaneció el martes ocho de Noviembre, día memorable porque en él pusieron los castellanos por primera vez la planta en la ciudad de México. (2) En la noche anterior todavía habían venido emisarios de Motecuhzoma á ponderar las dificultades de la entrada á la ciudad, lo cual oído por el capitán cempoalteatl, Teutl dijo á Cortés no ser verdad, pues él conocía la ciudad y se comprometía á llevarle con facilidad. (3) Aunque los blancos eran unos cuatrocientos, el ejército ascendía á unos siete mil hombres, contando los aliados. Quejáronse á Cortés los señores méxica de meter en Tenochtitlan aquellos encarnizados enemigos del imperio; respondió el general no traerles en calidad de guerreros, sino como simples tameme destinados á conducir la artillería, bagajes y regalos. (4) Salieron de Itztapalapan en son de guerra, tocando los atam-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(2) La fecha cristiana está señalada por Cortés, relaciones, pág. 115; Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, &c.—Según unos Anales tepaneca, MS., núm. 6 en la Colección del Sr. D. Fernando Ramírez: "La llegada del marqués fué en el mes de los ancianos ó de los indios Quecholli, y en el de los cristianos, Noviembre, siendo Malintzin la intérprete."—Confirman lo mismo alguna otra de las relaciones antiguas.—A nuestra cuenta, el martes ocho de Noviembre coincidió con el día ocho Ehecatl, segundo del mes décimo quinto Quecholli.

(3) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(4) P. Durán, cap. LXXIII, MS.

(1) *Historia Antigua y de la Conquista de México.*

bores, desplegadas las banderas, la caballería en la descubierta, los peones en capitánías de escopeteros y ballesteros á la vanguardia, el bagaje en el centro de la batalla con algunos aliados, y en la retaguardia el resto de la infantería de espada y rodela con los demas aliados. (1) Un indio iba adelante pregonando en lengua nahoa, ninguno se atreviera á atravesar el camino, pena de ser muerto. (2)

A una media legua andada entraron por una calzada «tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de á caballo á la par,» construida entre las aguas del lago, la cual fuera de una sola quiebra, se prolongaba en línea recta hasta México, por espacio de unas dos leguas. La calzada estaba llena de curiosos aunque dejando en medio franco, mientras á uno y otro lado se acercaban multitud de canoas llenas de gente, atraídos todos por espectáculo tan nunca visto. Dentro del lago se descubrían las tres ciudades, Mexicatzingo de tres mil vecinos, Huitzilopochco de seis mil y Coyohuacan de cinco, de linda vista, retratándose en el agua las limpias casas de los señores y las pirámides truncadas de los teocalli, encaladas de blanco hasta parecer de plata, heridas por los rayos del sol. (3) Antes de llegar al cuerpo de la ciudad, con esta calzada se juntaba la que arrancaba en Coyohuacan; en la union de ambas había un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil «almenado por toda la cerca, que toma «con ambas calzadas, y no tiene más de dos puertas; una por do entran y otra por do salen:» este fuerte era llamado por los méxica, Xoloc. (4) En aquel lugar salieron hasta mil nobles y personas principales, con mantas muy galanas de distintos colores, los cuales al llegar daban uno por uno la bienvenida en su lengua, haciendo el acatamiento acostumbrado de inclinarse, tomar tierra con el dedo mayor de la mano derecha y llevársela á la boca: duró aquella ceremonia más de una hora. (5)

Idos aquellos señores y prosiguiendo adelante los castellanos, encontraron junto á la ciudad una cortadura, de diez pasos de ancho, destinada á dar paso á las aguas del uno al otro lado, con vigas fuertes y labradas encima, que de puenteservían. (6) Pasada la puente comenzaba la calle en la ciudad, recta, ancha y hermosa, formada á ambos lados por grandes y hermosos edificios mezclados con los teocalli. Arrimados á las paredes, en orden procesional, venían hasta doscientos señores muy

principales, con ricos y galanos trajes, si bien ellos descalzos por estar en presencia del emperador. Los seguía por medio de la calle Motecuhzoma, cargado en riquísimas andas en hombros de sus nobles; cuando le pareció, apeóse de las andas; cuatro señores le cubrieron con un palio «muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes «con grandes labores de oro, con mucha argente- «ría y perlas y piedras chalchihuis, que colgaban «de unas como bordaduras, que hubo mucho que «mirar en ello.» (1) Vestía lujosamente, llevando á los pies un calzado con suelas de oro; precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra, con una vara de oro á manera de cetro, levantada en señal de acercarse la majestad; sosteníanle para andar, por el brazo derecho Cacama, señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, siguiéndoles los señores de Tlacopan y Coyohuacan; por delante, criados y pajes de dos en dos limpiaban el suelo de piedras y pajas y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los piés. Sólo los cuatro reyes ó parientes que le llevaban de cerca le veían el rostro, todos los demás iban con la cabeza baja, con mucho acato y compostura.

Al descubrir D. Hernando al monarca, se apeó del caballo, y con la inseparable Marina al lado, se adelantó, quitóse la gorra, y saludó á la usanza española; Motecuhzoma y los dos príncipes acompañantes se inclinaron reverentes hasta tocar la tierra con las manos. Por fin estaban en presencia el sacrificador y la víctima. Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hombres, á quienes unido Cuauhtemoc, observando algo disfarte, formaban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de distinto género debieron chocarse entre el altivo D. Hernando, el cuitado Motecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitlahuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos. Cortés y Motecuhzoma se saludaron cortesmente, dándose mutuos parabienes por haberse encontrado; la pretensiosa Marina tendió su mano derecha para saludar á su vez, mas el monarca la rechazó ofreciendo su mano á Cortés; éste se quitó entonces un collar que al intento traía prevenido, «de unas piedras que eran de vidrio, que «ya he dicho se llaman margajitas, (2) que tienen «dentro muchos colores é diversidad de labores, y «venía ensartado en unos cordones de oro con almizque porque diese buen olor, y se lo echó al «cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le «iba á abrazar, y aquellos grandes señores que «iban con el Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase; porque lo tenían por menoscuro.» (3) Terminados aquellos cumplidos, Cuitlahuac se quedó para acompañar á D. Hernando, mientras Motecuhzoma con Cacama dió la vuelta á volverse por donde había venido; los nobles del cortejo se acercaron entonces para hacer su acatamiento á Cortés. Poco adelante un servidor trajo al emperador dos collares, detúvose éste has-

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XV.

(2) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(3) Cartas de Relac., pág. 78.—Cortés, quien mejor sabía conquistar las ciudades que escribir sus nombres, llama á Huitzilopochco (hoy Churubusco) Huichilohuchico; á Coyohuacán (hoy Coyoacán) Nyciaca, y á Mexicatzingo, Mesicalsingo.

(4) El fuerte de Xoloc estaba en donde hoy la garita de San Antonio Abad.

(5) Cartas de relac., pág. 78.—Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(6) Esta cortadura estaba delante de la capilla de San Antonio Abad: en lo antiguo el lugar se nombraba Xoloco. Según Torquemada, lib. IV, cap. XLVI, «aquella puente es ahora de «piedra, y está cerca de las casas que labró Pedro de Alvarado, que son las que llaman de Salcedo, junto á la ermita de «San Antón.»

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(2) Margaritas y diamantes de vidrio les llama Cortés.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

ta que le alcanzó el general, el cual se los puso al cuello. «Eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho, y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un jeme. (1)

Jamás había sido recibido en México príncipe ni rey; el pueblo estaba espantado con tanta ceremonia; nunca el orgulloso monarca había sido tan reverente, ni aun con los mismos dioses. No aparecía la muchedumbre por la calle en que iba el emperador, mas pasado éste salía á considerar á los blancos, y las azoteas y todo estaba cubierto de curiosos, ávidos de gozar de tan nuevo espectáculo. Maravillados decían unos: «Dioses deben de ser éstos, porque vienen de donde el sol nace»; otros observaban: «Estos son los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras, pues siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas gentes.» (2)

Precediendo algun trecho Motecuhzoma, siguiéndole Cortés con sus tropas, anduvieron la calle adelante, penetraron en la plaza mayor de la ciudad, pasaron al frente de las casas de Motecuhzoma y del templo mayor, hasta llegar al palacio de Axayacatl, lugar destinado al alojamiento de los castellanos. (3) Era entonces un gran edificio, destinado al culto de los dioses, vivienda de las sacerdotisas y tesoro imperial, tan capaz y cómodo, que dió amplio alojamiento á los blancos con todos sus

(1) Cartas de Relac. pág. 80. «Cortés hizo su entrada por la calle del *Rastro*, llamada en la antigüedad, de *Iztapalapa*, y una tradición conservada en el Hospital de Jesús, dice, que al frente de éste fué el encuentro de Motecuhzoma y Cortés, y que en conmemoración del suceso, se prefirió aquella localización para fundar dicho hospital.» J. F. Ramírez, notas, pág. 103.—Poco más afuera de la ciudad colocan el lugar, Bernal Díaz y el P. Sahagun, lib. XII, cap. XVI, quien á este propósito escribe: «...en aquel trecho que está desde la iglesia de S. Antonio (que ellos llaman de Xoluco), tiene por cabe las casas de Alvarado, hacia el hospital de la Concepción, salió Motecuhzoma á recibir de paz á D. Hernando Cortés.»

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(3) Para podernos dar cuenta de ésta y de los acontecimientos posteriores, debemos ir fijando la topografía de la ciudad azteca. El palacio donde vivía Motecuhzoma á la llegada de los castellanos, ocupaba el lugar del actual Palacio Nacional, con la manzana de la Universidad y casas contiguas, más la plaza de nominada del *Volador*; le atravesaba de E. á N., por donde hoy se encuentra la calle de *Meleros*, la antigua acequia que en esta dirección corría por la ciudad. En la ciudad moderna llámanse, *Casas nuevas de Motecuhzoma*; pertenecieron á D. Hernando Cortés, y éste las vendió al Rey de España, en cantidad de 34,000 castellanos, por escritura fechada en Madrid, á 29 de Enero de 1562. (Ramírez, notas y aclaraciones, pág. 103.—García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 182).—En cuanto á las casas viejas de Motecuhzoma ó palacio de Motecuhzoma I, ocupaban las manzanas terminadas por las calles del Empeadrillo; Tacuba, San José el Real, primera y segunda de Plateros, pertenecieron igualmente á D. Hernando Cortés, las ocuparon las audiencias y los primeros virreyes, y aunque pretendió comprarlas el Rey de España, abandonó el intento prefiriendo las casas nuevas. Se distingue el sitio por el Montepío y la Alcaicería. (Ramírez y García Icazbalceta, loc. cit. Alamán, Disertaciones, tom. II, pág. 203).—En cuanto al tercero de los lugares nombrados: «El palacio de Axayacatl que sirvió de alojamiento ó cuartel á los españoles, estaba en la calle de Santa Teresa y daba vuelta á la Segunda del *Indio Friste*.» (Ramírez, notas, pág. 103.—García Icazbalceta, Diálogos, pág. 185). Delante, como veremos, había un teocalli.

aliados: sin duda lo escogió Motecuhzoma para tener juntos los dioses antiguos á los reciénvenidos teules. Cuando llegaron ahí, el emperador tomó por la mano á Cortés, le introdujo á un extenso patio y luego á unas habitaciones curiosamente aderezadas, le sentó sobre un rico estrado diciéndole: «En vuestra casa estais, comed, descansad, y haced placer que luego vuelvo:» se retiró en seguida, dejando tiempo á los nuevos huéspedes para comer y acomodarse en la casa, limpia, decorada, con cuantas comodidades permitían aquellas costumbres. (1)

Cuando calculó que los castellanos habrían terminado de comer y estaban sosegados tornó Motecuhzoma acompañado de muchos de los principales nobles, dió á Cortés cantidad de joyas de oro, plata, plumajes y mantas ricas, regaló á los capitanes de lo mismo, y á cada soldado hizo alguna manifestación. Invitó á Cortés á sentarse en el estrado, junto tomó él también asiento en ricas sillas traídas al intento, y por medio de los intérpretes dijo: «Muchos días ha, que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo, ni todos los que esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas, é tenemos asimismo, que á estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió á su naturaleza y despues tornó á venir, dende en mucho tiempo, y tanto que ya estaban casados los que habían quedado, con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación, y fechos pueblos donde vivían: é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor: y así se volvió. E siempre hemos tenido que de los que de él descendiesen habían de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como sus vasallos. E segun de la parte que vos decís que venís, que es á do sale el sol, y las cosas que decís de este gran señor ó rey que acá os envió: creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural: en especial que nos decís, que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto, que os obedeceremos é ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno: é bien podeis en toda la tierra, digo, que la que yo en mi señorío posco, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer. E pues estais en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino, y guerras que habeis tenido, que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Hutunchan acá, é bien sé que los de Cempoal y Tlaxcalteca los han dicho muchos males de mí: no creais más de lo que por vuestros ojos veredes, en especial de aquellos que son mis enemigos, y algunos de ellos eran mis vasallos, y hánseme re-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.—«95 Item: si saben quel dicho D. Hernando Cortés entró en la ciudad de México pacíficamente é fué muy bien rescebido del dicho Señor Montezuma, é de toda la xente della, é fué aposentado en la más principal casa de la cibdad, que hera donde estaban los thesoros de los ídolos.» Interrogatorio. Doc. inéd., tom. XXVII, pág. 339.

belado con vuestra venida, por se favorecer con vos lo dicen; los cuales sé que también os han dicho, que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio, eran asimismo de oro, y que yo que era y me hacía dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra. (Y entonces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo diciendo á mí). Veisme aquí, que yo so de carne y hueso como vos, y cada uno, y que soy mortal y palpable (asiéndose él con sus manos de los brazos, y del cuerpo); ved como os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviese teneis cada vez que vos lo quisiéredes: yo me voy á otras casas donde vivo: aquí sereis proveido de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente, é no recibais pena alguna, pues estais en vuestra casa y naturaleza.» Yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo á aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que á V. M. era á quien ellos esperaban, é con esto se despidió, y ido fuimos muy bien proveidos de gallinas, y pan, y frutas y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento. (1)

No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzacoatl;

(1) Cartas de relac., pág. 81-82.—Bernal Díaz, cap. LXXXIX.

la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbecil monarca á los piés del invasor, y pusieron al imperio sin combatir bajo el yugo castellano. Capitanes y soldados quedaron alojados segun su grado; Cortés, siempre desconfiado y vigilante, distribuyó militarmente las tropas por el edificio, abocando la artillería en las puertas de entrada, quedando todo á punto para en caso de ataque. (1) Aquella tarde y en la noche hicieron los castellanos algunas salvas de artillería, en solemnidad de haber llegado salvos á donde deseaban: ellos lo hacían de regocijo, más los indios al oír el ronco estampido de los cañones, al ver en la obscuridad los fugaces relámpagos de los rayos disparados por los teules, al percibir el olor azufroso de la pólvora recibieron gran confusión y miedo, pasando la noche en la mayor zozobra. (2) Sí, hondo pavor debieron tener los habitantes; la ciudad señora de Anáhuac, la vencedora de cien pueblos, habla caído sin resistencia en poder de los extranjeros.

LIC. MANUEL OROZCO Y BERRA.

(1) Cartas de relaciones, pág. 77-82.—Bernal Díaz, capítulo LXXXVIII y LXXXIX.—Gomara, crón., cap. XVI y XXXIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. V.—Relación de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 579.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. V.—Torquemada, lib. IV, capítulo XLVI.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 85. MS.—Chimalpain, Historia de la conquista, MS.—P. Durán, cap. XLXIV, MS.—Códice Ramírez, MS.—Sahagun, lib. XII, cap. XVII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XVI.

## NOMOS AULÉDICOS.

Vamos mal hasta hoy, corazón: lates normal é indiferente: la rutina de la vida social, con su mezquina seriación de minucias y dislates,

ni te repugna más ni te fascina: por ningún ideal ya tú combates, pues el que te alentó, noble Isokrates déjase morir de hambre, ante la ruina

del castillo feudal de sus quimeras!... Ya no esperas tu Psykhis, ya no esperas la floración de hermosas primaveras;

al hielo hiela tu frialdad de hielo, y sólo temes ya, corazonzuelo, la amenazante inmensidad del cielo!

Vivir tras de la muerte!... el alma triste pasear más y más de mundo en mundo como en viaje de exequias, con la triste compañera encontrada en este mundo:

(¿Elsa? ¿Mignon? ¿Ofelia? ¿Hermione? ¿Euriste?)  
... la Taciturnidad de un Segismundo que vivirá una muerte oscura y triste por una eternidad cada segundo!

Mas si ha de ser, recuerda la bendita molicie de otras horas, la infinita seducción de la Musa favorita;

grita *jevoé!* y al nomos del auleda Fatalidad, el himno que te queda ve de astro en astro acibarando, aeda!

BALBINO DÁVALOS.

## CUADROS DEL EXTREMO ORIENTE.

## BACANAL CHINA.

Mientras los «Boxers» con rabia de gorillas hidrófobos hacen picadillo de carne blanca, el Emperador de China, en el fondo de su Yamen, cumple 30 años y siente que se le funden los tuétanos al calor de un harem caldeado por cincuenta concubinas.... Hay sangre europea en las ondas cenagosas del Río Amarillo y en las charcas de los arrozales palúdicos, y las cigarras de este Otoño han chillado rabiosamente al abrevarse en un rocío trágico que no es el de la aurora.... Hondas más salvajes que los «taï-ping» y más funestas que los «Pabellones Negros,» hacen el *scaep* de todas las cabelleras rubias! Las patriarcales barbas de los misioneros sacrificados, los grumos de sus barbas blancas se enredan en las zarzas, confundiéndose con las greñas de algodón que revientan en las cápsulas maduras!.... Los rebeldes *taï-ping* de 53 demolieron en Nankín la maravillosa Torre de Porcelana que tenía 100 metros de altura y 30 en el diámetro de su base.... Y los «boxers,» los «taï-ping» de ahora levantarán frente á la parsimonia de las potencias, otra Torre de Porcelana; una torre hecha después de los degüellos y de las hecatombes, con la carne blanca de las mujeres europeas y de los niños inocentes.... Y anclada á plomo, en soporosa calma chicha, la flota aliada espera.....

Como el Emperador-fantasma cumple 30 años, los chinos de Yokohama están en huelga, y como nota dominante del festival pasan llevados en andas, con enfático triunfo, muchos marranos que la lumbre doró y que dejan al pasar una estela fétida y rancia.... Salen los chinos de sus «bungalow» y de sus sótanos y van al campo, á sus famélicos ágapes, á macular con la grasa de sus viandas el florido tapiz que tiende Otoño en las praderas japonesas.... Allá en los oscuros desvanes, en los hediondos tapancos, quedó la pipa atascada de opio y la asquerosa hembra china que cuando se levanta de su tálamo, vacila, intenta clavar en la estera las púas de sus pies atrofiados, pies de cabra ó de faunesa, y cae por fin, si una mano de belnario piadoso no se tiende para detenerla y volverla otra vez á su cubil. Pero el tropel sinuesco se solaza celebrando la fiesta del invisible y misterioso monarca.... Altos, pero escuálidos, irrisorios pero burlones, pasan los súbditos del monarca sin voluntad y sin tuétanos, pasan con las bordadas babuchas hacia arriba y las grasosas coletas hacia abajo.... Ante el japonés, ante el europeo, dejan caer miradas oblicuas de protección infinita. Por unos y por otros han sido marcados al cauterio, y, sin embargo, para unos y para otros tienen miradas que se desploman del Zenit! Qué orgullos inexplicables y misteriosos ierguen esos cuerpos

raquíticos? Qué elástica insolencia, qué resorte de cinismo endereza esos torsos mil veces humillados?

Es quizá el sentimiento atávico de sus pasmosas grandezas antiguas....? Ó será el fanatismo que rueda vivo como lava, en su sangre saturada de opio, bajo las amarillas y escrofulosas pieles?.... El templo chino es uno de los centros de la bacanal, y en Yokohama el templo chino es el más feo de los templos. En esa ciudad misma, Budha hace estallar suntuosos lotos de oro y el culto Shinto, tiene arquitecturas maravillosas para encerrar su espejo de bruñido bronce, dob'e imagen resplandeciente del Sol y de la Verdad. El templo chino no es ni *estupa* ni pagoda, no tiene influencias indias ni árabes; no encontraréis ahí en su pureza ni á Sakia-Muny, ni á Confucio, ni á Lao Tsé.... Pero que otros devanen esa maraña teogónica! Yo os diré que aquello es esto: En una pared gris se abre una puerta que da á un patio embaldosado; ahí no encontraréis nada místico, sino bebés chinos que gatean, se atropellan y se tiran de los cabellos; en un ángulo del patio un grupo de chinos adolescentes que juegan á la raqueta con los pies.... Traspasando aquel atrio entráis al templo; una mirada de artista para un maravilloso colgajo, especie de lambrequín ó bambalina, de oro esculpido, de oro bordado, de oro esmaltado; una áurea maravilla! A los lados de ese vestibulo una especie de teatrillos, suspendidos del plafón, donde la crisis mística de algún teólogo fumador de opio arrojó un carnaval de deidades.... Carnaval? ó bien *menagerie*, casa de fieras monstruosas y pintarrajeadas?.... Hay mandíbulas felinas que amenazan armadas de dientes y erizadas de cerdas; hay rostros amarillos con ojeras negras; éste ríe con el rostro pálido y jocundo de las «agonías sardónicas» y aquel llora, sólo que para llorar no tiene más que dos pupilas y dos lagrimales, lo demás es hueso, el hueso de una calavera descarnada.... Y aquellos rostros de pesadilla tienen trajes bordados que harían feliz á la querida de un Rey! Túnicas de seda imperial, recamada de oro puro y virgen, trajes cuajados de pedrería y perfumados de pecador almizcle tibetano y de azul y místico incienso....!

Más allá pilares revestidos con paños negros llenos de caracteres de oro.... más allá, en lo que sería el ábside, más oro arrojado por la mano febril y delirante de un artista amarillo y diabólico que fuera el Miguel Angel de los ensueños siniestros! Las flores que una olvidadiza Primavera dejó en los húmedos y misteriosos campos nipones chorrean grasa después del banquete y están estrujadas, despedazadas por los pies de las mujeres chinas, pequeños y agudos como verdaderas pezuñas. Millones de cobetes han estallado durante el día y toda

la ciudad China está revestida de gruesas farolas y encarrujadas linternas cuyos bruscos colores cautivan la bárbara retina del mogol.....

La alegría China? Un ataque de bulimia... Los chinos enjutos y secos devoran como la langosta emigrante, devoran en un momento tocinerías enteras, y después gruñen con la beatitud de los cerdos que han engullido.... La alegría China es también una epilepsia que avivan las pipas de opio y el aguardiente de arroz!

Cae la tarde.... el Sol desde las nubes de nácar lanza el último rayo de sus magníficos fulgores... A un lado y otro de las callejuelas del barrio esplenden las linternas amarillas y rojas. De pronto cuando nadie lo esperaba, un fulgor de explosión se levanta sobre los techos, la población japonesa lanza gritos de pánico; pasan centelleantes las cua-

drillas de los bomberos, cuyos cascos de metal se coronan de relámpagos. Chu-Sang, el banquero opulento, acaba de prender fuego á su casa! Nadie le probará su delito y la Compañía de Seguros pagará.

.....  
Y entretanto la flota aliada espera y esperará sin duda hasta que á la desembocadura del río donde está anclada á plomo, en soporosa calma-chicha, lleguen de pronto en medio de un flujo trágico, arrojados por una marea sanguinolenta, los cráneos de los mártires decapitados, los cráneos que, entrechocándose con los duros guijarros de la playa, sueñen huecos y macabros la angustia de los alaridos sin socorro y el pavor de las muertes sin venganza.

Yokohama, Julio de 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

---

## VERSOS.

---

Con la blanca tristeza de los cirios  
Tu cuerpo desmayado de escultura  
Se extendió en postraciones de holocausto.

La angustia de tus ojos suplicantes  
Se cubrió con la red de tus pestañas  
Y tuvo languideces de crepúsculo.

Y en la sombra nupcial que te envolvía  
Se abrieron al placer tus brazos flojos  
Como los de un ebúrneo crucifijo.

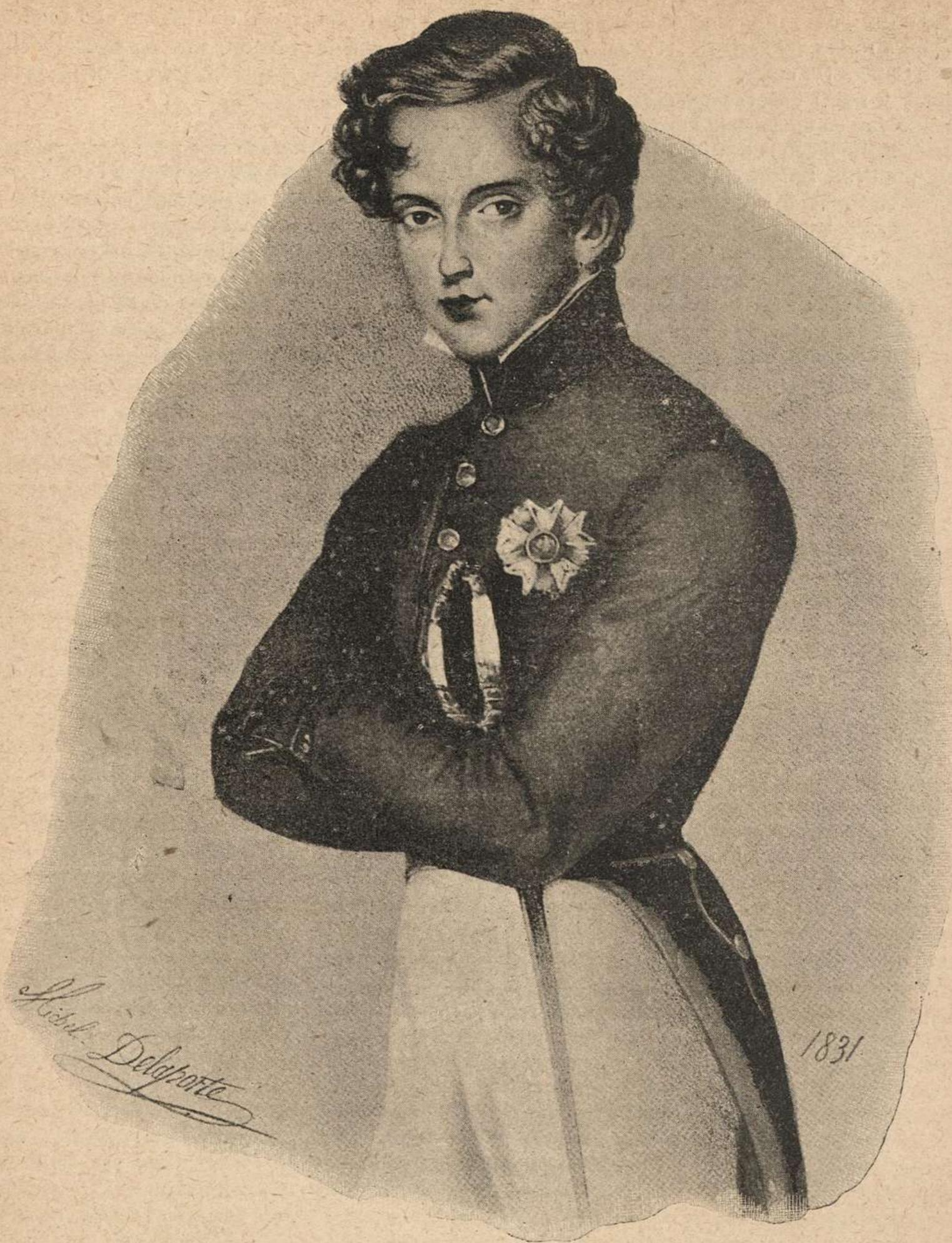
En la crátera roja de tus labios  
Y en el cáliz de nieve de tus senos  
Me embriagó tu hermosura como un vino.

Sobre el ara de mármol de tu carne  
Puse la ofrenda de mis ansias torpes  
Y deshojé mis besos como rosas.

Y al despertar del fugitivo espasmo  
Cayó sobre el sopor de mis deseos  
El húmedo fulgor de tus pupilas  
Como una lluvia funeral de lágrimas.

F. M. DE OLAGUÍBEL.

---



## LA MUERTE DEL DUQUE DE REICHSTADT.

LA PRENSA Y LA LEYENDA.

No es Edmundo Rostand, el primer autor dramático, que pone en escena «L'Aiglon.» Han podido contarse recientemente, hasta trescientas sesenta y seis piezas teatrales inspiradas en las leyendas napoleónicas y entre esas obras, hay cierto número de ellas, en las que se ve figurar el hijo de Napoleón, como en el drama de Eugenio Sué y Deforges, titulado el *Hijo del Hombre*, representado con Dejaret en el teatro de Nouveautés en 1830; el de

Alejandro Dumas *Napoleón Bonaparte*, treinta años de la historia de Francia, representado en el Odeón el año siguiente; la pieza en dos actos de Lurine y Arago: *El Duque de Reichstadt* publicado en 1832 y que no se representó y por último *El Rey de Roma* de Desnayers y Reauvalet representada en el Ambigu en 1850.

Nadie ha olvidado tampoco el *Rey de Roma* de Pouvillon y d'Artois, que se representó el año pa-

sado en el teatro de la Rue Blanche. Y ¿quién podría enumerar las piezas extranjeras escritas sobre el mismo asunto? Cierta drama representado en Italia en pleno período del resurgimiento, levantó inmenso entusiasmo, porque se veía en él al canciller de Metternich humillado ante el duque de Reichstadt. Por doquiera el hijo excita interés semejante al del padre.

Y si las imaginaciones de los poetas, tuvieran el don de conmover á las multitudes, ¿qué sería del drama real, que fué vivido en París y en Viena? ¿Os habéis preguntado alguna vez cómo fué conocida y escogida en Francia la noticia del desenlace, de ese fin prematuro del joven príncipe que es tan conmovedor en el teatro?

El 14 de Agosto de 1832, la ciudad de Ajaccio se enlutó; ese día las tiendas no se abrieron, cuando el sol apareció tras las alturas que rodean Santa-Maria-Siche; desde por la mañana las campanas tocaron un doble prolongado; pabellones enlutados se desplegaron al ligero soplo del Libeccio, y al dar las nueve, algunos habitantes aparecieron en el pavimento de granito, se deslizaron en la sombra de las callejuelas hasta el oratorio de San Erasmo en donde se celebraba un servicio fúnebre, y después todo quedó en silencio; la ciudad pareció dormir, como agobiada por la atmósfera ardorosa y demasiado cargada de los perfumes de una mañana radiante de verano.

Durante ocho días, los habitantes llevaron luto, y para que la población entera pudiera asociarse al dolor público, se organizó otra ceremonia más solemne en la catedral; se cubrieron los gastos por subscripción popular y el Ayuntamiento acordó su concurso. El templo se enlutó; las draperías que para tal uso se emplearon, fueron distribuidas después entre los pobres de la ciudad, para que con ellas se hiciesen vestidos negros. El mejor arquitecto de la localidad, levantó un magnífico catafalco del gusto del cenotafio de los Stuarts de Canova; en él estaba representada la Córcega por una mujer apoyada en una columna rota y llorando cerca de un sepulcro. La muchedumbre conmovida y respetuosa fué á inclinarse ante el catafalco; la arengaron dos estudiantes, Conti y Braccini, en todos los rostros se leía dolor altivo y algo como un resentimiento para con la injusta Providencia. Solamente los funcionarios se abstuvieron de concurrir á la ceremonia. El *clan* de los Sebastiani mandó decir una misa, lo cual causó escándalo, porque su jefe, el mariscal conde Horacio Sebastiani, era ministro de Relaciones Exteriores del rey Luis Felipe, y aquel á quien la multitud lloraba, habíase llamado el rey de Roma, después el duque de Reichstadt y en Córcega Napoleón II.

El príncipe había muerto en Viena el 22 de Julio precedente; la inhumación se había verificado en la vieja capital de los Hapsburgos según los ritos de una etiqueta fría y meticulosa, se había visto cómo un maestro de ceremonias guiaba el cortejo de soldados y picadores, por calles y plazas y cómo después llamaba á la puerta de un templo, declamando solemnemente los nombres y cualidades del difunto.

El verdadero homenaje á la memoria del muer-

to, había partido del pueblo, de esa multitud simpática y entristecida que se precipitaba en el trayecto del fúnebre convoy. Los vendedores ambulantes, ofrecían retratos del príncipe, representado con cuatro uniformes distintos, y dice un corresponsal, que: «todos se gastaron algunos florines, porque el príncipe era y seguirá siendo el favorito del público.»

En París, se supo la muerte del príncipe el 1º de Agosto, y la emoción fué muy mediocre, no hubo manifestación alguna y «ninguno de aquellos grandes señores, que hicieron su fortuna á la sombra del Imperio, pagó con sus riquezas un servicio fúnebre cualquiera; tampoco, el poder heredado de competidor tan temible, se mostró ni más generoso ni más agradecido.» (*Le Temps*—12 de Agosto.)

Apenas se señalaba una misa, dicha furtivamente en Saint-Méry y á la que asistieron el Gral. Bertrand y el duque de Basano. La corte de Luis Felipe, tan pronta á enlutarse por un príncipe sajón ó por una duquesa de Baden, pareció ignorar la desaparición del duque de Reichstadt. Más todavía, el gobierno rehusó al embajador de Austria, el permiso para celebrar un servicio religioso; la embajada se limitó á cerrar sus puertas durante dos días y á acoger los pésames oficiales del cuerpo diplomático.

¿Qué pues, era tan temible el recuerdo de ese niño sombrío y enfermizo, del que la multitud parecía ignorar hasta el nombre? De hecho, su muerte procuraba á los descontentos la ocasión de afirmarse; el gobierno de Julio, seguía entonces con inquietud los progresos de ese *bonapartismo poético*, que unía en un mismo entusiasmo á liberales é imperialistas; los hombres del *justo medio*, creían prudente evitar todo brillo. Al ver realizados sus deseos, derramaron una lágrima hipócrita, después declararon que si se consideraba «desde un punto de vista filosófico ese triste desenlace, quizá habría que regocijarse por la víctima» (*Le Moniteur*); y por último... se regocijaron por ellos mismos al pensar que el bonapartismo había terminado.

Y apenas cerrada la tumba, los partidos se disputaron los despojos del ejército bonapartista, que se creía en completa derrota.

Los legitimistas se distinguieron por sus adulaciones y sus estruendosos llamados; la *Quotidienne* y el *Renovateur* condujeron la campaña. ¿Era posible que el *partido de la gloria*, se uniese al burgués incapaz y humillado que se llamaba Luis Felipe, ó se fundiese en el grupo desacreditado de los republicanos? Los orleanistas eliminados á causa de *indignidad*, los republicanos en virtud de su *impotencia*, quedaban pues, solamente los carlistas que....

La *Quotidienne* publicaba un admirable *Diálogo de los muertos*, que reunía á tres interlocutores: Napoleón I, el duque de Reichstadt y el duque de Berry; en el curso de la conversación, Napoleón felicitaba á su hijo, por haberse reunido á él y renovaba una frase célebre:

—«Sí, decía, el único hombre de la Francia es una mujer.... vuestra viuda, duque de Berry;»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> La duquesa de Berry que acababa de fracasar en su tenta-

haciendo notar así la debilidad del régimen imperial y la excelencia de la monarquía legítima.

«Vuestro hijo tiene razón para vivir, duque de Berry, por encima de su cuna, hay algo más fuerte que la mano de hierro de un Bonaparte, hay un principio.»

Los ofrecimientos de los republicanos se publicaron en «*La Tribune*»; ese periódico anunció el 2 de Septiembre que la fusión se había llevado á cabo, entre republicanos y bonapartistas.

Los moderados contestaban. «La herencia de Napoleón II quedará en manos del que sepa unir las masas populares á los verdaderos intereses de la patria.» (*Le Constitutionnel*). «Es la Francia, la Francia únicamente la que continuara al grande hombre, en todo lo realizable que éste emprendió, por las vías de la libertad.» (*Le National*.)

*Le Temps*, defendía al bonapartismo: «El sentimiento y los intereses que armaban esa opinión, subsisten siempre y explican una necesidad social,» y el periódico proseguía con esas reflexiones que correspondían bien en su impresión funesta á los vagos sentimientos de la nación.

«Una nación en el siglo XIX, no vive únicamente de pan, y no hace consistir su felicidad sólo en el bienestar doméstico. Tiene nobles pasiones que satisfacer: el amor á la gloria, sin el que la Francia no sería ya la Francia, y caería tan abajo como en la época de Luis XV, el amor á la libertad, que hace las instituciones y el espíritu público; el amor á la humanidad, del que nacen las ciencias y la civilización....»

Bonaparte concilió esas inclinaciones con los intereses materiales, por más que digan los que no comprenden esa magnífica época de creación».

En medio de esas polémicas que ocupaban poco espacio, entre las crónicas de los festivales de aniversario de las jornadas de julio; la personalidad del duque de Reichstadt desaparece desde luego; además, en ningún momento apareció con precisión á los franceses. De la vida íntima del príncipe no se sabía nada, ¿qué se sabe hoy?. Se conoció su enfermedad por vagos extractos de los periódicos de Viena, reproducidos por los colegas parisienses; nuestros diarios se rehusaron á publicar los rumores de envenenamiento, que corrían en Francia; bajo la fe del poeta Barthélemy, desmintieron después de haberla acogido la novela del duelo con un oficial austriaco que, dizque había herido mortalmente al nieto de su soberano; los gacetilleros recogen ávidos, los girones de anécdotas que conciernen á los últimos momentos; ya es un artista que pudo hablar con el príncipe antes de morir y que obtuvo un autógrafo con las palabras siguientes: «Volved á París, y decid á la columna, que muero de sentimiento de no poder abrazarla;» ya es un testigo que oyó al agonizante gritar: «Que enganchen! es preciso que vaya á ver á mi abuelo y que le abrace una vez más;» ya son las últimas palabras dirigidas á María-Luisa: «El sueño de la vida,

tiva para sublevar la Vendée, estaba á punto de ser entregada á la policía; Chateaubriand comparaba su calaverada, á la vuelta de Napoleón en 1815; por lo cual se suscitó una polémica entre varios periódicos.

acabará pronto para mí.... No llores, madre mía.. No hice más que nacer y morir; pero no dejo enemigos. Mi nombre me hará vivir en la memoria;» ya es el gesto supremo del hijo, entregando á la madre, papeles que ella, sin abrir, se apresura á enviar al emperador. ¡Misericordias ó tonterías! la palabra histórica no se encontró. Hay que notar únicamente la ausencia del abuelo, á quien decían ligado con su nieto por un afecto real; la rápida partida de la madre que no asistió á los funerales, sino que á la mañana siguiente al fallecimiento del príncipe, dejó Viena y partió á Parma. María Luisa anunció su duelo á Madama Madre en Roma por medio de una carta que todos los periódicos reprodujeron y que es insignificante. El público no conoció detalles precisos y auténticos, más que de la autopsia; el acta se publicó en todos los periódicos parisienses. «El cuerpo estaba completamente enflaquecido, además de las manchas lívidas comunes á todos los cadáveres, observábanse huellas de picaduras de sanguijuelas; en la cabeza y en el pecho, indicios de unguento de crema de tártaro y en los dos brazos manchas producidas por vejigatorios. En la parte superior del pulmón izquierdo un tubérculo supurando....»

Los contemporáneos no vieron bien, más que ese cadáver; fué el triunfo completo de Metternich, ese absoluto naufragio en la nada.

¡Triunfo efímero! Arrojado de la historia, el muerto se refugia en la leyenda y el canciller sólo alcanza fama de carcelero y de verdugo.

Por el momento los hombres de ingenio permanecen insensibles ó ciegos. Julio Janin se burla en la *Revue des Deux Mondes*: «El hijo de Napoleón, no inspirará una oda ni un verso; hablo de una buena oda ó de una hermosa canción. La muerte de ese joven será tan poética como la Revolución de Julio.... Pero estad tranquilos, uno de estos días, tendremos alguna hermosa frase del vizconde de Chateaubriand, sobre el hijo del emperador.» Sin embargo, la figura del duque de Reichstadt, interesa al crítico, *lo ama*, como se ama á un héroe de novela. ¿La muerte interrumpió la novela en acción? Qué importa, el juego es más divertido si se imagina la continuación: «El joven se escapa una tarde de las manos de Metternich. El viejo gentilhomme se levanta un día y pregunta á su camarero: ¿En dónde está mi aguilucho? y el camarero le cuenta temblando que el aguilucho se ha convertido en águila, que ha tomado el vuelo y que: *ha recobrado las garras y las uñas de su padre, monseñor*;» porque, ved la fatalidad, hasta el camarero de Metternich se sabe de memoria su Beranger. Y será un mal rato para Metternich, que le escribirá á Talleyrand, quien no escribía á nadie y que sabía la fuga del joven, veinticuatro horas antes de que lo supiera el mismo duque de Reichstadt. Y el brillante escritor pasea á su héroe por una Francia, que no reconoce al hijo de Napoleón; fantasía lógica y mediocre.

La muchedumbre no se inquieta por continuar la novela; lo que le atrae y le apasiona, es precisamente esa historia que no termina y que estaba llena de maravilloso desarrollo; le importa también que el héroe haya sido genial y desdichado; con

instinto seguro los periódicos se ocuparán en satisfacer á esa muchedumbre. Nadie ha visto al príncipe; pero se lo imaginan: «Se lo figuran á los veinte años tal como podía ser su padre, se dice que tenía los ojos profundos, la frente pálida é imponente, la fisonomía dolorosa é inspirada (*Le National*).» Nada se sabe de su vida íntima, se le presta una precocidad de juicio, y una altura de miras, que espanta; cada partido le atribuye sus preocupaciones propias; «su vida, toda su vida, se consumía sin duda, en buscar cómo, la Francia actual, la Francia que veía en nuestros periódicos, en nuestros discursos de tribuna, en las adhesiones dadas al gobierno del 7 de agosto, cómo, digo, la Francia empedregada y meticulosa, podría ligarse á esa otra Francia, llena de arranques, de grandes pensamientos y de grandes sacrificios, que Napoleón describe en sus *Memorias* y de la que se complació en predecir el renacimiento y la futura grandeza. (*Le National*).» ¿Qué importa, después de eso, que los médicos hayan definido la enfermedad del príncipe y que Metternich haya exhibido ante los ojos de la Europa, las taras fisiológicas de su prisionero? Se rechazarán las explicaciones, porque el príncipe, estad seguros, murió de un mal misterioso y sublime; y esto se repetirá hasta lo saciedad.

Ved cómo se expresa el duque de Reichstadt en el *Diálogo de los muertos* de la *Quotidienne*:

«Se contaban las pulsaciones de mis brazos y la medicina estudiaba los progresos de la enfermedad;

¡ah! sobre mi corazón era donde debían poner la mano! allí estaba el mal, irremediable mal, porque moría yo, de las humillaciones de la Francia y de mi impotencia para reprimirlas ó vengarlas; moría porque no ví en la vida el honor ni la gloria; moría porque ví en lo futuro extenderse un campo de batalla y porque no había lugar para mí en ese campo de batalla.»

*El duque de Berry*:—¡Hermosa enfermedad, noble joven!

Hermosa enfermedad en verdad, que iba á servir de tema durante todo el siglo para amplificaciones y comentarios de muchos escritores sedicentes historiadores, historiadores moralistas, historiadores filósofos, gentes de buena voluntad, pero de poca crítica.

Así nace la leyenda al día siguiente de la muerte, del exceso de precauciones tomadas por Metternich, de esa conspiración de silencio, del secreto tan hábilmente organizado en Austria, en Francia, por doquiera. La prensa la crea y la propaga; faltaba reconstruirla con lógica, esa fué la obra de una especie de erudición al revés, tanto más afirmativa cuanto que está menos documentada.

Y cuando los verdaderos historiadores desenmarañan hoy todo ese enredo, la obra de Metternich aparece aún, más vana; ¿por qué ese silencio, ese secreto en derredor de ese Habsburgo sin genio, que parece haber sido el hijo de Maria Luisa?

L. MAURY.

Traducido para *Revista Moderna*.

## AMOR RECLINA SU FRENTE INSOMNE.

(DE SWINBURN.)

Amor reclina su frente insomne  
Sobre espinoso lecho de rosas;  
Rojos de lágrimas tiene los ojos,  
Los labios, pálidos como de muerto.

Miedo, congoja, dolor y cólera  
Velan su espíritu desesperado,  
Mientras la horrible noche transcurre  
Y al mundo alegre la luz del alba.

Y el Gozo acude llegando el día,  
Besa los labios de Amor dormido,  
Y los guardianes, grises y huraños,  
Como fantasmas, del lecho huyen.

Con luz más clara sus ojos brillan,  
Cual rojas llamas arden sus labios,  
La angustia reina por una noche,  
Mas la ventura con la luz torna.

BALBINO DÁVALOS.

México, 26 de Agosto de 1900.

## HOJA DE DIARIO.

---

Hoy después de catorce años, me encontré frente á frente con el Sr. González....

Anquilosado por el enorme peso de su miserable y larga vida, silbando más bien que hablando por entre sus desdentadas encías, recomendando su método de solfeo, el Sr. González me apareció en su cómica figura, trágico como el padre de Hamlet en la terraza de Elseneur.

¿Todavía existe, me pregunté, sobre el planeta el buenazo profesor de solfeo? ¿Todavía arrastra de colegio en colegio su monótona y obscura vida, mientras yo despilfarré mi corazón y mi cerebro? Ah! cuando el Sr. González me enseñó á solfear, cuando con voz ya cascada, tarareaba *do, re, mi, fa*,.... yo tenía fe, ilusiones, esperanzas y deseos.

Apenas empezaba á amar... tuve fe en mi corazón y en mi vigor y derroché vigor y corazón; creía entonces en el triunfo del esfuerzo personal, en el propio valor, y de entonces acá los contemporáneos me enseñaron que sólo el envilecimiento y la bajeza conducen al triunfo, tuve ideales y el ener-

vante ambiente de cortesanía rastrera que respiré, los ahogó al nacer.

Aprendí á envilecerme, á rastrear la huella del prócer, á olvidar mis ideales, á sofocar mis ambiciones nobles, á prostituir mi altruismo.... y así, envilecido, sin ideales, sin fe y sin deseos, así me encontró el Sr. González, hoy, después de catorce años, en una congregación de beatos.

—Soy muy feliz, decía á uno de ellos, con mis doce hijitos....

«Hay paisajes, dice un moderno educador de almas, que son estaciones vivas de la sensibilidad humana».

Existen seres, me dije hoy á mí mismo, incoloros y vagos, que son para la autobiografía del espíritu, remordimientos vivos, aterradores fantasmas, como el del Rey de Dinamarca en la terraza de Elseneur.....

¿Por qué como el Sr. González no soy feliz? ¿Por qué prefiero morir de hambre que hartarme de pan negro?

ALBERTO LEDUC.

---

## OCASO.

---

Rojos declina caluroso día:  
Llanos y bosques tiñense de grana,  
Y de la costa en la extensión lejana  
Semeja el mar candente argentería.

Hacia los lagos por la selva umbría  
La turba acuátil la ribera gana,  
Mientras en grave acento la campana  
Llora á los muertos quejumbrosa y pia.

¡Oh voz de los que fueron! Para el alma  
Eres reclamo y bienhechor consuelo  
Que del dolor las tempestades calma....

¡Cómo despiertas misterioso anhelo!  
¡Cómo prometes victoriosa palma  
Y eterna luz, hablándonos del Cielo!

R. DELGADO.

Pluviosilla, á 24 de Agosto de 1900.

---